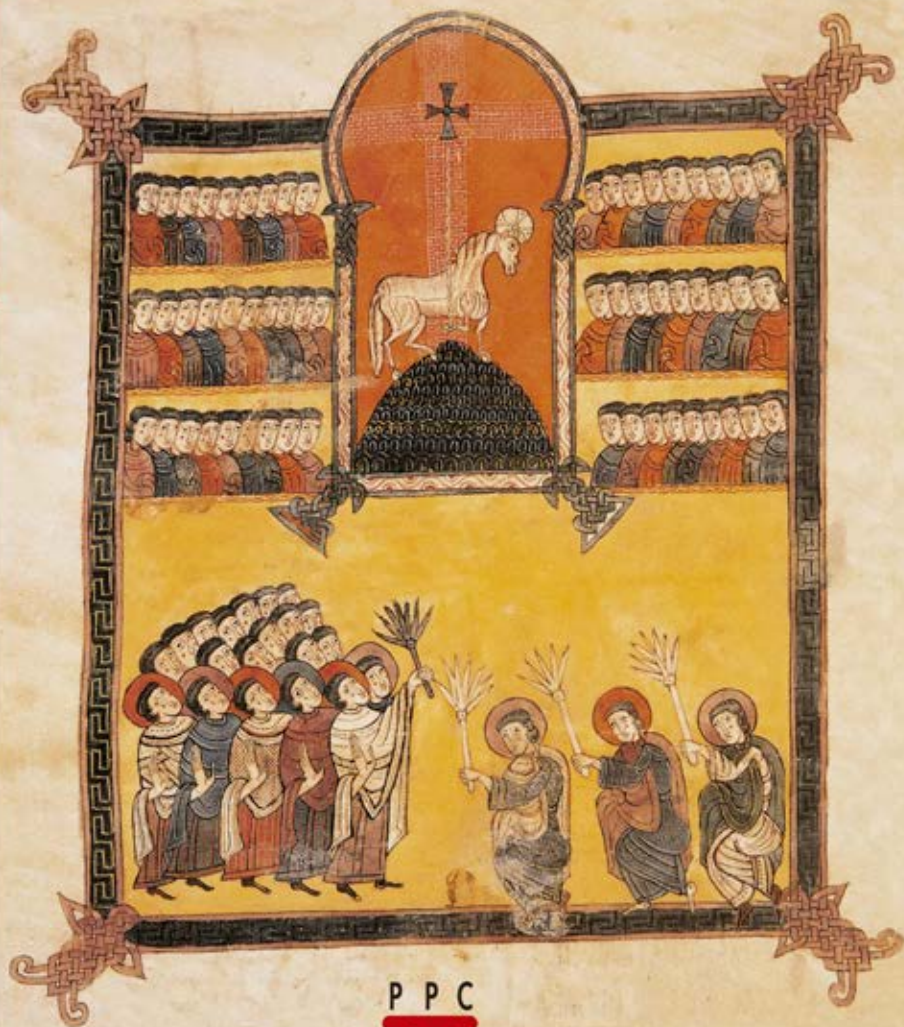


Reflexiones incómodas sobre la celebración litúrgica

José Manuel Bernal Llorente



REFLEXIONES INCÓMODAS SOBRE LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA

José Manuel Bernal Llorente



Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2014, José Manuel Bernal Llorente
© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2749-2

Depósito legal: M-16.368-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
1. TEOLOGÍA.....	7
Unidad de fe y pluralidad de teologías.....	7
«Cuando yo sea levantado en alto»	9
«Comer» la Pascua y «padecer» la Pascua.....	11
Sin comunión de fe no hay comunión de eucaristía.....	13
¿Un bautismo laico?	15
2. LITURGIA.....	19
¿Discurso narrativo o revisión de vida?	19
Celebración del papa en la Sagrada Familia.....	21
¿Es bueno inventarse la celebración?	22
La otra cara de la misa dominical televisada....	24
Rito, ritualismo y ritualidad	27
Celebrar la vida y cambiar el mundo.....	28
3. MINISTERIOS.....	31
¿Puede un laico presidir la eucaristía?	31
Dos modos de ser presbítero.....	33
Presidir la celebración: tres modelos que hay que evitar	35
Presidir la celebración: el cura marioneta y el cura dictador.....	37
Presidir es servir a la comunidad	38
Presidir es ser el primero en la caridad.....	40
Decrece el número de sacerdotes.....	41

4.	LITURGIA DE LA PALABRA.....	45
	Dios habla a su pueblo.....	45
	Celebrar que Dios habla a su pueblo.....	47
	Cómo se formó el <i>Leccionario</i>	49
	El organigrama de las lecturas bíblicas	50
	La Palabra de Dios sometida a recortes	52
	Un <i>Leccionario</i> , ¿para qué?	54
	¿Está encerrada la Palabra de Dios en la Biblia?	56
	Para preparar la homilía	58
	Esquema dialogal de la liturgia de la Palabra ..	60
	Cuando la liturgia de la Palabra deja de ser una celebración.....	63
5.	EUCARISTÍA	67
	Las dos mesas.....	67
	<i>Sacrum commercium</i>	70
	Aderezar la mesa del banquete	72
	Dinámica interna de la anáfora	74
	Anáfora y anuncio profético.....	77
	Relato de la cena y consagración	79
	Epiclesis y consagración	82
	Anámnesis y anuncio kerigmático	84
	La eucaristía no es memorial de la cena.....	86
	Plegarias de intercesión en la anáfora.....	89
	Doxología final de la anáfora	91
	¿Hay palabras «mágicas» en la eucaristía?.....	93
	¿Tiene sentido decir todos juntos la plegaria eucarística?	95
	Partir y repartir el pan	98
	¿Consagración por contacto?.....	100
	Comulgar del sagrario	102
	Un banquete donde se come y se bebe	104
6.	CICLO DE NAVIDAD.....	107
	¿Un nuevo ciclo distinto del de Pascua?	107
	¿Una fiesta de Navidad secularizada?.....	110
	La fiesta de Navidad y el culto al sol.....	112
	Entorno cósmico de la fiesta de Epifanía	114

7. CUARESMA.....	117
La Cuaresma, una experiencia de desierto	117
Desierto y teofanías.....	119
La simbología del número cuarenta.....	121
Historia de la salvación y Cuaresma	122
Los evangelios de los domingos de Cuaresma..	125
8. PASCUA	129
Semana Santa: del misterio al drama	129
La Vigilia pascual por dentro	131
¿Es realmente la Vigilia pascual el centro de la Semana Santa?	134
La bendición del cirio pascual	135
Las lecturas bíblicas de la Vigilia pascual.....	137
¿Es demasiado larga la Vigilia?	139
¿Son inteligibles los símbolos de la Vigilia?.....	141
¿Es de verdad el banquete el centro de la celebración?	142
9. CINCUENTENA PASCUAL.....	145
La alegría de la cincuentena pascual	145
La cincuentena pascual, imagen del reino de los cielos	147
La cincuentena pascual es un «gran domingo».	149
Las apariciones del Resucitado y la eucaristía..	152
Mensaje de los prefacios pascales	155
El mensaje bíblico de la cincuentena.....	157
10. CANTORAL.....	161
El canto de entrada.....	161
Aclamaciones y saludos cantados	163
Los cantos fijos del Ordinario	165
Los cantos procesionales de la misa.....	167
Canto de meditación.....	170
El grupo de cantores sustituye a la asamblea...	171
Guitarras, violines y órgano de tubos.....	173

PRÓLOGO

Cualquiera que abra este libro va a darse cuenta enseguida de que no es un libro académico ni de alta investigación. Los temas aparecen expuestos sin un orden riguroso y son tratados con una cierta soltura, esbozando críticas, apuntando horizontes y abriendo pistas de futuro. Lo ofrezco como una aportación al sentido crítico y a la medida, a la creatividad pastoral y al desarrollo de la sensibilidad litúrgica. Aunque no es un libro académico ni de investigación, en el sentido estricto de los términos, tampoco es un trabajo superficial o frívolo. Lo que aquí se dice o afirma, por el contrario, no se hace a la ligera; es más bien fruto de muchos años de trabajo, de investigación y dedicación a la enseñanza.

Este libro recoge toda una serie de escritos breves, puntuales, aparecidos en periódicos convencionales, y últimamente publicados en formato digital, colgados en algún periódico digital o en mi blog personal. Los puntos tratados son numerosos y la temática abordada, plural y heterogénea. Los escritos han ido desgranándose al hilo de los acontecimientos y siguiendo la pista de las controversias del momento. Así ha ido gestándose este libro.

Pero nunca me resigné a que mis escritos, aunque cortos y puntuales, quedaran perdidos en las páginas viejas de los periódicos o en la nube informática. Había que dar a esta producción, al menos a su parte más significativa, un soporte más estable y seguro. De ahí surgió la idea de confeccionar este libro. Por otra parte debo confesar mi

satisfacción al poder presentar esta obra en la colección «Pastoral», de la editorial PPC, junto a libros importantes producidos por prestigiosos autores.

Termino expresando mi deseo más sincero de que este libro contribuya al rejuvenecimiento pastoral de la renovación litúrgica.

JOSÉ MANUEL BERNAL LLORENTE

TEOLOGÍA

Unidad de fe y pluralidad de teologías

Uno tiene la impresión de que en ese tipo de conflictos en los que entran en liza los representantes del magisterio y los profesionales de la teología no aparecen claramente definidos los límites de ambos campos, el del magisterio y el de la teología. Es como si los obispos, los guardianes de la pureza de la fe, invadieran insolentemente el ámbito de quienes ejercen el quehacer teológico y cortaran las alas a los profesionales de la teología; o los teólogos, abusando de su encomienda, traspasaran el ámbito de la teología para verse implicados en planteamientos que afectan a la pureza de la fe. Está claro que la actividad de los obispos se debe situar en una esfera que no coincide con la de los teólogos. El problema reside en aclarar los campos y delimitarlos, de modo que unos no pisen el terreno de los otros.

Frente a la comunión de fe, custodiada por los poseedores del magisterio en la Iglesia, que a todos nos une, que confesamos y celebramos en comunidad eclesial, hay que reconocer la existencia de la reflexión teológica que, desde una comprensión analítica seria de las fuentes, intenta elaborar una interpretación coherente de la experiencia cristiana en el mundo. Para ello, los teólogos se sirven de los instrumentos culturales y filosóficos capaces de vehicular una reflexión adecuada y comprensible para el hombre actual.

A nadie se le escapa que este proceso de interpretación del hecho cristiano y de las fuentes en que se asienta es susceptible de articulaciones y enfoques diferentes; por otra parte, el bagaje instrumental y científico utilizado ha de ser seguramente distinto y estar dotado de garantías distintas. Todo esto da lugar inevitablemente a niveles de reflexión y modelos de interpretación diferentes. Ahí radica la pluralidad de teologías, elaboradas desde situaciones diversas y con visiones distintas, a veces contrapuestas; en otros casos, complementarias y perfectamente asumibles.

Este problema se agrava cuando el instrumental filosófico utilizado por los teólogos para elaborar su reflexión pertenece a épocas y entornos intelectuales totalmente ajenos a los nuestros; entonces la distancia entre las teologías se hace insuperable. Peor aún si las interpretaciones y formulaciones con las que se pretende transmitir el contenido de la fe se presentan revestidas de lenguajes impregnados de filosofías o formas culturales vigentes en otro momento, pero totalmente desconocidas en la actualidad.

Yo comprendo que los obispos defiendan con ahínco su misión de custodiar la pureza de la fe. No estoy seguro, sin embargo, de que sus intervenciones no estén entrometiéndose a veces en terrenos que pertenecen propiamente a los que ejercen la reflexión teológica. Tengo la impresión de que determinados intentos de interpretación teológica sobre asuntos sumamente vidriosos, arriesgados seguramente, pero amparados en la legítima libertad de investigación que asiste al teólogo, están quedando injustamente desautorizados y deslegitimados desde instancias de la jerarquía y del magisterio. Tendríamos, una vez más, una invasión de competencias o, quizá peor, un abuso de poder.

Porque, al margen de la imperiosa necesidad de cultivar y respetar la comunión de fe, custodiada y transmitida en la Iglesia, el teólogo, que desarrolla a veces su

actividad investigadora en zonas arriesgadas, casi en el filo de la navaja, tiene un cierto derecho a equivocarse. Porque la suya no es una función magisterial, en el sentido que aquí estamos dando a la palabra; porque esa función corresponde a los obispos, los maestros en la fe, y no a los teólogos. De ahí también la necesidad de que la pluralidad de interpretaciones teológicas, incluso cuando esas teologías se manifiestan confrontadas, haya de recurrir al diálogo respetuoso y constructivo; nunca a la descalificación y a la sospecha.

«Cuando yo sea levantado en alto»

Tres veces menciona san Juan la elevación de Jesús: «Lo mismo que Moisés levantó la serpiente en el desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto, para que todo el que cree en él tenga vida eterna» (Jn 3,14-15); «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, reconoceréis que yo soy» (Jn 8,28); «Y yo, una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). Cuando estas frases se leen superficialmente, se piensa en el gesto material de levantar a Jesús en la cruz. Pero las palabras de Jesús van más lejos. No se refieren al gesto material de alzarlo en el madero. Porque la glorificación de Jesús comienza en la cruz; ese es el momento de su exaltación, de su victoria definitiva sobre la muerte. Al ser elevado en la cruz, Jesús inicia su movimiento ascensional de retorno al Padre, su proceso de glorificación. En la cruz de Jesús coinciden la muerte y el triunfo, la humillación y la exaltación, el abajamiento y la glorificación.

Porque aquí no estamos hablando de episodios históricos, cronológicamente identificados. De lo que aquí se trata es de una mirada teológica al acontecimiento, de una interpretación trascendente de la cruz. Estamos intentando ver el hecho dramático de la cruz no en su crudeza

histórica, sino *in mysterio*. Esa línea de interpretación aparece también en otros textos del Nuevo Testamento: «En efecto, es realmente grande el misterio que veneramos: él [Jesús] se manifestó en la carne, fue justificado en el Espíritu, contemplado por los ángeles, proclamado a los paganos, creído en el mundo y elevado a la gloria» (1 Tim 3,16). En este texto, fragmento de un probable himno litúrgico antiguo, lo mismo que Flp 2,6-11, se nos ofrece una visión del acontecimiento pascual de Cristo no en clave histórica, ajustándose a un determinado desarrollo cronológico, sino en el marco de una interpretación teológica. Por otra parte, las composiciones himnicas de origen litúrgico son más libres, están dotadas de un cierto lirismo y escapan siempre a estructuras herméticas, sometidas al rigor de las expresiones y los conceptos. Por eso, en el Jesús elevado y exaltado en la cruz se muestran aglutinadas en una visión única, trascendente, la resurrección, las apariciones, la ascensión y la entronización a la derecha del Padre.

Volvemos de esta forma al horizonte unitario con que la tradición litúrgica antigua dio forma a las celebraciones pascuales de la cincuentena, del período de cincuenta días que ellos llamaron *pentecostés*. También en ese caso las comunidades cristianas no celebraron el desarrollo cronológico de los hechos mediante fiestas independientes, sino la totalidad del misterio de la exaltación de Cristo, glorioso y triunfador, consumada en la cruz. Por eso también la Iglesia primitiva no celebró el acontecimiento pascual desgranando los hechos en celebraciones sucesivas, sino concentrando su mirada en la celebración de la noche de Pascua, celebrando la muerte y la resurrección del Señor no como acontecimientos separados; sino el paso de la muerte a la vida como triunfo definitivo y misterio de exaltación gloriosa.

Al celebrar el misterio de la cruz, la Iglesia conmemora la totalidad del misterio de Cristo en plenitud; su triunfo liberador; la constitución del hombre nuevo, presente en

Jesús resucitado como primicia y como promesa de una humanidad nueva. Bien entendieron esto las primeras generaciones cristianas cuando, al esculpir la imagen del Crucificado, no lo representaron como un ajusticiado huido, fracasado y muerto, sino como un triunfador, con corona de rey y manto real, con los ojos abiertos y con la mirada serena. Son los «cristos» románicos. En esas bellas imágenes se refleja una lectura diferente de Cristo en cruz, menos ajustada a la cruda realidad histórica de los hechos, pero más cargada de misterio.

«Comer» la Pascua y «padecer» la Pascua

Este título puede parecer un tanto estrambótico. Por la simetría apuntaría a una relación entre el «comer» y el «padecer». Sin embargo, debo decir que se trata de una propuesta con solera, que se remonta nada menos que al siglo II. Porque algunos escritores de esa época (Pseudo-Hipólito, Apolinar de Hierápolis, Clemente de Alejandría e Hipólito de Roma entre otros), defensores del calendario seguido por Juan en su relato de la pasión del Señor, aseguran que ese año, el año de su muerte, Jesús no «comió» la Pascua, sino que la «padeció». Según la cronología de Juan, Jesús murió el mismo día y al tiempo en que los judíos comían y celebraban la cena pascual. Por tanto, lo que Jesús celebró en la víspera de su pasión, el jueves, no fue la cena ritual de la Pascua hebrea, sino una cena de despedida. Mientras Jesús entregaba su vida, los judíos comían la Pascua. Este es el planteamiento de Juan (Jn 18,28) y el de estos escritores.

Aparentemente es una simple cuestión de calendario; pero no es así. Hay un mensaje de fondo en el que a mí me gustaría insistir. Cuando hablamos de «comer» la Pascua, nos referimos a la celebración cultural de la misma, a la cena ritual. Es lo que hizo Jesús seguramente según el calendario seguido por los sinópticos. «¿Dónde quieres

que te preparemos la Pascua?», le preguntaron los apóstoles a Jesús (Mt 26,17). Después de una referencia tan explícita y contundente, no hay duda de que la cena de Jesús, según los sinópticos, fue una cena pascual, de carácter claramente ritual.

Pero ese año Jesús no la «comió», sino que la «padebió». De una forma latente, estas palabras, repetidas por los escritores citados, están apuntando hacia una primacía de la «Pascua padecida» sobre la «Pascua comida» o celebrada. Estamos sugiriendo aquí la primacía no solo de la Pascua, sino de la misma eucaristía «padecida» sobre la eucaristía «celebrada». Porque, en efecto, solo nuestra identificación existencial con el Cristo de la cruz, a través de una vida comprometida y sacrificada al servicio de los hermanos, puede garantizar la verdad de nuestras celebraciones. Solo tiene sentido la «eucaristía celebrada» cuando va apoyada y verificada en la «eucaristía padecida».

Voy a fijarme ahora en una vertiente nueva. La cena pascual de Jesús fue una anticipación ritual de lo que iba a suceder al día siguiente, el viernes, al entregar Jesús su vida en la cruz. Este gesto sacrificial y de donación total dio sentido a la cena ritual, le confirió una base de verdad y de autenticidad. Sin la pasión del viernes, la cena del jueves no hubiera tenido sentido, hubiera sido un simple gesto de amistad, carente de fuerza regeneradora y liberadora. Lo mismo podemos decir respecto a nuestra eucaristía. Solo una identificación comprometida y vital con el Cristo de la cruz, entregando su vida, puede dar sentido y garantizar la verdad de nuestra celebración.

Estoy insistiendo en estos aspectos para que nadie piense que, al promover la calidad de nuestras celebraciones, estoy apostando por una liturgia sublime, angelista, desconectada del compromiso por la justicia. La liturgia puede ser festiva y, al mismo tiempo, comprometida en la lucha por la justicia. Esa es la clave. Nuestras cele-

braciones deben abrir para nosotros un espacio para la alabanza y la acción de gracias, para la oración y la contemplación silenciosa, para el canto gozoso y la súplica confiada; a través de la magia de los símbolos, la liturgia debe cautivarnos espiritualmente y adentrarnos en la entraña del misterio. Pero, al mismo tiempo, esta experiencia de realidades y relaciones nuevas, cautivadoras y sorprendentes, debe dinamizarnos por dentro y lanzarnos a la aventura de luchar por un mundo nuevo y distinto, por una transformación de la sociedad.

Sin comunión de fe no hay comunión de eucaristía

Hace un tiempo publiqué un escrito en el «Pliego» de *Vida Nueva* (11-17 de junio de 2011) haciendo una valoración crítica del gesto permisivo de la Santa Sede al autorizar a los tradicionalistas seguidores del arzobispo disidente Marcel Lefebvre la posibilidad de utilizar el viejo misal romano tridentino, editado por san Pío V el año 1570. En ese escrito centraba yo mi interés en los pasos progresivos que había ido dando la Santa Sede, desde Juan Pablo II hasta Benedicto XVI, intentando abrir puertas y facilitar el regreso de los disidentes al seno de la Iglesia. Señalaba yo en ese momento la grave decisión tomada por Benedicto XVI al permitir a los grupos tradicionalistas el uso del viejo misal tridentino. No era solo una cuestión de libros: dejas un misal y coges otro. El tema era mucho más complejo, mucho más grave; implicaba toda una serie de aspectos y condicionantes, que ponían en entredicho la totalidad de la liturgia renovada en el Concilio. Lo que se ponía en juego era mucho más que el simple cambio de un misal por otro.

Ya en aquel momento señalaba yo la gravedad de la situación; porque, a la postre, el problema que se debatía iba más allá de las exigencias litúrgicas, para convertirse, en definitiva, en un problema doctrinal. No era

un asunto banal, como puede apreciarse. Ahora, en cambio, siguiendo el hilo de esta reflexión, deseo señalar una situación anómala, de flagrante desajuste e incoherencia, que se ha creado al permitir el uso del misal romano, dando por descontada la comunión de eucaristía, y manteniendo al mismo tiempo una situación de conflicto doctrinal y de ruptura de la comunión de fe. Para decirlo con toda claridad, habría un desajuste, una falta de coherencia, entre la fe celebrada y la fe creída y confesada.

Porque el planteamiento de los lefebvrianos no deja lugar a dudas. En la respuesta a la Santa Sede, sus afirmaciones son claras y contundentes. Hay, por su parte, un claro y contundente rechazo del Concilio Vaticano II, de sus doctrinas y de sus reformas; hay además un rechazo persistente de la autoridad del papa y de su magisterio. Por tanto, cuando existe una tan clara evidencia del posicionamiento doctrinal de los grupos tradicionalistas, especialmente de los más estrechamente vinculados a Lefebvre, sobre su rechazo de las enseñanzas del Concilio Vaticano II; cuando aparece de forma patente su rechazo a la colegialidad episcopal, acusando a la Iglesia de «conciliarismo»; cuando se percibe una actitud radicalmente contraria al espíritu ecuménico y se la acusa de «neoprotestantismo»; cuando presenciamos una actitud de desobediencia cabal y de no reconocimiento de la autoridad del romano pontífice y de su magisterio; cuando se critica frontalmente el modo en que entiende la Iglesia del Concilio su actividad misionera y su respeto a la libertad religiosa; cuando uno toma en consideración todo el soporte doctrinal que sustenta la actitud reaccionaria de los grupos tradicionalistas y su profundo distanciamiento de los grandes valores y apoyos doctrinales que dan vida a la Iglesia del posconcilio, resulta muy difícil entender una posibilidad de comunión en la fe y de su expresión comunitaria en la liturgia de la Iglesia.

Ahora viene el reproche final. En estas circunstancias, uno contempla con una gran perplejidad, hasta con estupor, la actitud tan liberal y condescendiente de la Santa Sede al facilitar a estos grupos tradicionalistas el uso del viejo misal tridentino. Un misal que, como muy bien advierten los documentos pontificios, representa una forma peculiar, una forma extraordinaria, del rito romano. Es decir, la legitimidad de la liturgia romana no se agota con los nuevos libros reformados, emanados del Concilio Vaticano II. Esta advertencia legitimaría sin duda una cierta relativización de los modos concretos de que se sirve la Iglesia para celebrar los misterios.

Uno se pregunta cómo pueden ser admitidos a la gran comunidad celebrativa, a la celebración eclesial de los misterios, grupos que de forma tan descarada se declaran decididamente contrarios a la disciplina y al magisterio de la Iglesia. Grupos que han optado por la disidencia, la marginación y el alejamiento de la gran comunión eclesial. Cómo es posible, en definitiva, aceptar sin rubor el clamoroso escándalo provocado por grupos que pretenden compartir la celebración de los misterios en comunión con la Iglesia, manteniendo tercamente al mismo tiempo su ruptura con la Iglesia en el reconocimiento de las enseñanzas del magisterio y en la confesión de la misma fe.

¿Un bautismo laico?

El tema saltó hace unos años a la opinión pública y provocó una estrepitosa algarabía mediática. A mi juicio, el asunto no es baladí y bien merece un comentario. Por ello voy a intentar en este escrito aportar algunos criterios que ayuden a clarificar posturas y a establecer obligadas distinciones y matizaciones.

1) Fueron sobre todo los medios de comunicación los que airearon la desafortunada expresión «bautismo laico».

Los protagonistas de aquel evento refieren que, en relación con el bautismo cristiano, este acto debía interpretarse en clave simbólica; es decir, como una aplicación extensiva del gesto sacramental. Por otra parte, el acto se definía como «una bienvenida democrática» del niño o como su incorporación a la comunidad ciudadana; y se apela a los grandes valores de «libertad, igualdad, comprensión, tolerancia, convivencia, respeto y paz». El acto sirve además para imponer oficialmente el nombre al niño.

2) Teniendo en cuenta que el bautismo cristiano es un rito de iniciación, sí cabría destacar algunas coincidencias o puntos de convergencia. A este propósito cabe anotar que en casi todas las tradiciones religiosas existen ritos de paso o tránsito, llamados de iniciación. Así se celebra el paso de la niñez a la pubertad, o de la juventud a la edad adulta. El bautismo cristiano es un rito de iniciación. Ello supone la imposición de un nombre, la aceptación de unas creencias y unas formas de comportamiento, y el ingreso en una comunidad. Indudablemente, en este sentido, cabría reconocer una cierta analogía, un cierto paralelismo con lo que se quiere celebrar en el llamado «bautismo laico».

3) Pero el bautismo cristiano es algo más. Porque la iniciación cristiana es, ante todo, una incorporación a Cristo. Por el bautismo, el bautizado se convierte en un hombre nuevo, en un hombre regenerado, inmerso en una nueva existencia, unido al triunfo de Cristo sobre el mal y sobre la muerte. Por otra parte, san Juan, al hablar del bautismo en su evangelio, lo considera un nuevo nacimiento por el cual el bautizado nace a una nueva vida. Esta es la gran realidad cristiana que hace del bautismo un gesto propio, único e intransferible.

4) Hay que decir algo además sobre el uso de la palabra «bautismo». Es un término de origen griego. Inicialmente, en su acepción más arcaica, significa «sumergir en el agua» o «sumergirse». Los cristianos asumen esta palabra

porque el símbolo bautismal, en su forma más antigua, consistía en una inmersión en el agua. Por eso se le llamó bautismo. Los cristianos de tradición latina reutilizaron la palabra griega, latinizándola, y así llamaron a este rito «bautismo». Por eso, esta palabra es propia y específicamente una expresión cristiana, y solo debería usarse con referencia al rito cristiano. Todo uso civil o laico de esta palabra, a mi juicio inapropiado y abusivo, ha de entenderse únicamente en sentido genérico y extensivo.

5) Quiero añadir una última observación. No desearía caer en tecnicismos teológicos abstractos utilizando un lenguaje inaccesible para los lectores de este libro. A mi juicio, una interpretación sesgada del sacramento del bautismo ha convertido este rito en el sacramento de los recién nacidos, el sacramento que acompaña el nacimiento de los niños. Al utilizar este criterio, los sacramentos son interpretados como ritos que acompañan el desarrollo biológico del cristiano. Esta interpretación, aceptable desde cierto punto de vista, no agota en absoluto la realidad profunda de los sacramentos. Estos se definen no por su referencia al desarrollo biológico, sino por los diferentes niveles de nuestra gradual y progresiva incorporación a Cristo, experimentada desde una evidente pluralidad de situaciones existenciales. Lo cual, a juicio de los teólogos, explica la pluralidad de sacramentos. Hablando en plata, todos sabemos que el bautismo no es solo un sacramento para niños, sino que también existe la celebración del bautismo para adultos. En este caso no cabría la más mínima analogía que permitiera asimilar el bautismo cristiano a la incorporación de un niño a la sociedad democrática y ciudadana.

6) Termino. A mí no me gusta que se utilice el término «bautismo» para referirse a la incorporación del niño a la comunidad ciudadana. Sin embargo, reconozco la existencia de importantes analogías que hacen de ese acto una especie de rito de iniciación. Además, me parece justo que, en una sociedad laica, haya personas que

deseen celebrar de alguna forma, al margen de la religión, el acceso de sus hijos a la vida social. No es de recibo, sin embargo, la escandalera monumental montada con motivo del «bautismo laico» del hijo de Cayetana Guillén Cuervo, por hipócrita, indocumentada y tendenciosa.

LITURGIA

¿Discurso narrativo o revisión de vida?

No son dos opciones contradictorias que se excluyen mutuamente. Son dos caminos complementarios, pero equilibrados. Escribí hace tiempo un artículo sobre la historia de la salvación y la relacionaba con la primera lectura en los domingos de Cuaresma.

La historia de la salvación es uno de los centros de interés de la Cuaresma, porque está cimentada sobre la Pascua y se desarrolla en torno a la Pascua. Cuando hablo de Pascua me refiero a la intervención liberadora de Dios, a través de Moisés, sacando al pueblo de la esclavitud y de la miseria. Esta intervención de Dios, que penetra y da sentido a toda la historia del pueblo, cristaliza en el rito de la Pascua, en la comida familiar que la comunidad hebrea celebra cada año haciendo memoria de la liberación del éxodo. Esa comida ritual, toda entera, todo lo que se dice y todo lo que se hace, constituye el memorial de la Pascua. Así lo han entendido siempre los hebreos.

Y así lo entendemos también nosotros. Porque, para nosotros, la Pascua de Jesús, en la que culmina la Pascua hebrea, es el centro de nuestra experiencia cristiana. Es el centro medular de la predicación apostólica; el centro de nuestra fe, por la que confesamos a Jesús resucitado y depositamos en él toda nuestra confianza; es finalmente el centro de nuestra liturgia, porque eso es precisamente lo que celebramos: el acontecimiento pascual de Cristo,

su victoria sobre la muerte, la creación de un hombre nuevo del que Jesús se constituye en germen y primicia. Eso es lo que celebramos. No celebramos ideas, ni mensajes moralizantes, ni propuestas doctrinales o educativas, ni lemas o eslóganes con mucho gancho para arrastrar a la gente. Lo que recordamos y celebramos en nuestras liturgias es un acontecimiento, el acontecimiento del Crucificado resucitado. Por eso, en nuestras celebraciones, es tan importante la narración evocadora, los relatos, la memoria; no los discursos abstractos, conceptuales, técnicos, moralizantes y llenos de contenido doctrinal. Por eso también, en el marco de la celebración cristiana, han tenido siempre tanta importancia los testigos, los que han visto los hechos y los narran; ellos son los protagonistas, no los ideólogos, ni los filósofos, ni los que manejan magistralmente el discurso conceptual.

Ahora voy a aterrizar. Voy a referirme al comportamiento habitual que se observa en nuestras celebraciones. Lo que nos suele preocupar es si determinadas celebraciones nos sirven o no nos sirven; si estimulan o no nuestros compromisos y decisiones; si nos ayudan o no a ser mejores, más responsables, más comprometidos. Todo esto es bueno, irreprochable. Pero no basta. Ni es lo más importante. Los relatos, la evocación de las grandes acciones liberadoras de Dios, la narración de los hechos formidables que jalonan la historia de la salvación, todo esto casi nos resbala, apenas si provoca una reacción significativa en nosotros, apenas si tiene un eco emocional en nuestros sentimientos y vivencias espirituales, apenas si nos estimula a la acción de gracias y a la alabanza, apenas si todo ello es capaz de llenarnos de emoción espiritual y de entusiasmo. Nos apetece más la revisión de vida, y en esa tarea centramos nuestra preocupación por encima de la alabanza, y la bendición, y la acción de gracias.

He apuntado al principio que estas no son opciones contrapuestas, enfrentadas o excluyentes. Son comple-

mentarias y necesarias. Pero hay que evitar la atención parcial y el cultivo desmedido y unilateral de una sola. En todo caso, debo denunciar desde estas líneas el gusto desproporcionado por la revisión de vida y por el discurso doctrinal o moralizante, por encima de la doxología, la alabanza y la acción de gracias. En mi caso, mi apuesta es por el canto, la fiesta y la danza más que por el latiguillo y la fustigación.

Celebración del papa en la Sagrada Familia

Tuve el placer de seguir por televisión la hermosa celebración presidida por Benedicto XVI en la que fue consagrado el templo de la Sagrada Familia de Barcelona y erigido en basílica menor. Quiero expresar el inmenso gozo, la admiración y la emoción contenida que sentí al participar desde la «tele» en esa celebración. Ha sido una de las liturgias más impresionantes que he presenciado.

Me impresionó, en primer lugar, la perfecta disposición de la asamblea en torno al Santo Padre. Es la disposición ideal. Todos los obispos rodeando al pontífice como una corona, como un colegio de hermanos y colaboradores en el ministerio de dirigir la Iglesia. Los diáconos y los otros ministros menores acudían en el momento oportuno para ejercer su ministerio. Y luego la gran asamblea del pueblo de Dios, abarrotando todos los espacios de la gran basílica, en comunión con sus pastores. Era, sin duda, la gran manifestación, la gran epifanía eclesial, el gran icono de la gran Iglesia del Señor.

Esta imagen eclesial adquiriría un relieve monumental, espiritual y místico en el espléndido marco del templo de Gaudí. Me resultó sobrecogedor el juego de los colores y las líneas, las figuras, el espléndido bosque de columnas elevadas hacia un espacio perdido en las alturas. Nunca he sentido tan al vivo la presencia de Dios, del misterio insondable de su presencia, derramada como

un haz de luz sobre nosotros, impregnándolo todo. Nunca había sentido tan intensamente la fuerza irresistible de los símbolos. En este sentido quiero resaltar, sobre todo, la importancia que se prestó al altar, imagen de Cristo, piedra angular; la plasticidad impresionante del gesto del papa derramando el aceite sobre la piedra, evocando la memoria de los viejos pontífices del Antiguo Testamento. Y luego el fuego, el brasero humeante sobre el altar, el incienso perfumado; para culminar con el aderezo y ornamentación de la mesa del altar con los manteles, las flores, las luces. Hay que ver con qué unción, al final, para despedirse, besó Benedicto XVI el altar recién consagrado.

Termino haciendo una referencia a la música, al sonido del órgano, a los cantos de la asamblea. Por encima de todo desearía subrayar la calidad de la música, su perfecto acoplamiento pastoral, el impacto de esa colosal asamblea cantando al unísono, emulando casi a la gran asamblea de los bienaventurados del Apocalipsis.

Tengo el convencimiento de que una celebración así, con su conjunto de cantos, gestos, símbolos, oraciones y espacios sagrados, se convierte para nosotros en una verdadera mediación sacramental a través de la cual percibimos y experimentamos la presencia salvadora y eficaz del Dios revelado en Jesucristo.

¿Es bueno inventarse la celebración?

Porque conozco algún cura convencido de que lo suyo es inventarse cada vez de arriba abajo la forma de celebrar la eucaristía, como si de un ejercicio de innovación a ultranza se tratara. Yo mismo he tenido ocasión de estar presente en alguna celebración pretendidamente eucarística en la que no ha quedado títere con cabeza, como diría el castizo. La presidencia de la celebración se la han repartido entre tres personas, dos mujeres y un varón. Al

presbítero lo han dejado de adorno. Se han cambiado algunas lecturas y se han suprimido otras. En vez de proclamar la Palabra de Dios han preferido leer un cuento o un artículo de periódico. Los textos de oración, a lo largo de toda la celebración, han sido de cosecha propia. «Porque las oraciones del misal –comentan– no me dicen nada». La reflexión colectiva sobre las lecturas ha terminado convirtiéndose en un guirigay insufrible, cargado de críticas, discusiones y hasta, en algún caso, reflexiones piadosas.

Al banquete se le quiere dar todo el realismo que merece. Por eso se depositan sobre la mesa una imponente hogaza de pan y un buen jarrón de vino. A mi juicio, nos hemos pasado tres pueblos; porque del simulacro de banquete, mantenido en la Iglesia durante siglos, en el que ni la mesa era mesa, ni los manteles eran manteles, ni el pan era pan, ni el vino era vino, sino «vino de misa», químicamente puro, hemos pasado ahora a una comida desmesurada y burda, que rompe los más elementales esquemas de la estructura simbólica. Porque lo importante del símbolo no es acaparar la atención sobre sí mismo, sino ser transparente y remitir a algo más importante y prioritario. No sea que, como en el cuento, cuando alguien te señala la luna con el dedo, tú, en vez de mirar la luna, quedas embobado mirando el dedo.

Siempre he apostado por la creatividad, en la línea de la reforma conciliar. Siempre he pensado que no existen modelos estándar de celebración, modelos fijos; sino que cada celebración debe ajustarse a las circunstancias y características concretas de la comunidad que va a celebrar. El celebrante no debe limitarse a leer el libro y seguir escrupulosamente las normas litúrgicas. La adaptación libre y juiciosa es necesaria; pero hacen falta criterios, motivaciones serias, meditadas y justas.

Todos los liturgistas sabemos que la Iglesia, durante sus cuatro primeros siglos de historia, no dispuso ni de libros litúrgicos oficiales, ni de textos de oración fijos,

ni de estructuras celebrativas minuciosamente establecidas; solo una tradición viva, respetada y seguida con fidelidad por todas las Iglesias. Por eso contamos con una riqueza y con una variedad tan sorprendente de ritos y tradiciones; lo cual solo es explicable reconociendo una primera época, en la historia de la liturgia, de libertad y de creatividad floreciente y fecunda.

Tengo, pues, que animar a los pastores a no verse encorsetados por las normas y por los textos; a impulsar celebraciones vivas que respondan a las expectativas y a la sensibilidad de las comunidades. Porque no debemos tener miedo a la creatividad. Ahora bien, creatividad sí; anarquía no. Creatividad con conocimiento de causa sí; improvisaciones sobre la marcha no. Audacia sí; tirar todo por la borda no. Conectar con la vida sí; respetar la tradición, también. La creatividad debe ser respetuosa, sensible, cultivada, de calidad, libre de improvisaciones y chabacanerías. No debemos pensar que lo improvisado es siempre mejor que lo que está en los libros. La creatividad nos libera de la tiranía de las normas, pero puede hacernos esclavos de las obsesiones del cura de turno.

Ese es mi criterio. Reconozco, y esta es mi última reflexión, que hay mucha ignorancia, mucha desinformación, una lamentable ausencia de criterios y motivaciones justas. Es más, tengo la impresión de que cuanto mayor es la ignorancia, mayor todavía es la osadía. Estoy seguro de que, con una formación teológica y litúrgica elementales, la pastoral se ajustaría de manera más inteligente a la realidad y los abultados descalabros litúrgicos que estamos presenciando en estos últimos tiempos irían seguramente remitiendo.

La otra cara de la misa dominical televisada

Me gusta seguir la misa dominical que cada domingo retransmite Televisión Española. Lo hago con un cierto

sentido crítico. Lo reconozco. Es el precio que uno debe pagar por eso que llaman deformación profesional. Al cabo de los años confieso que mi impresión es francamente decepcionante.

De entrada, me resulta sorprendente el protocolario desfile de sacerdotes que acompañan al presbítero celebrante principal para participar en la misa. No encuentro razones que justifiquen el interés por convertir la eucaristía dominical en una concelebración, a no ser que con ello se pretenda rodear de un cierto boato la misa televisada. Este intento de solemnizar las misas televisadas se ve acentuado en los últimos tiempos con la presencia habitual de obispos presidiendo la celebración. A mi juicio, en cambio, lo ideal sería respetar el tono sencillo que rodea habitualmente la eucaristía dominical. El hecho de que la misa sea retransmitida por televisión no debiera ser motivo para introducir elementos innecesarios, superfluos, inexistentes en las misas de domingo de las parroquias, y que solo contribuyen, la mayor parte de las veces, a satisfacer ciertas ansias de lucimiento, falsas exigencias de protocolo y hasta un cierto afán de protagonismo. Lamentable.

Pero, indudablemente, lo que más me preocupa es el escaso nivel de participación por parte de la asamblea. Basta contemplar los rostros ausentes y las actitudes de aburrimiento de los fieles para darse una cuenta de la situación. Confieso que el espectáculo no es nada edificante ni conmovedor. Puede ser cualquier cosa menos una celebración modélica. Los saludos e invitaciones del sacerdote apenas si obtienen una tenue respuesta de la asamblea. La proclamación de las lecturas no siempre reviste la fuerza y el énfasis que requiere la proclamación de la Palabra de Dios. Los gestos del celebrante principal, como los saludos, la invitación al abrazo de paz, la elevación de los dones en la doxología al final de la plegaria eucarística y, sobre todo, el gesto emblemático de la fracción del pan, carecen, como casi siempre, de

fuerza expresiva y de carga emocional. Resultan gestos rutinarios, insignificantes, chatos, incapaces de suscitar emoción alguna.

El tema de los cantos requiere un tratamiento especial. Ante todo debo decir que, en la mayoría de los casos, un respetable grupo de jóvenes cantores, al amparo de sus guitarras, acaban monopolizando los cantos, sustituyendo y anulando a la gran asamblea de fieles. Esos grupos, en vez de convertirse en animadores de la asamblea, han terminado por adueñarse de una función que corresponde a toda la comunidad reunida. Aunque hablo de grupos, el mismo comentario debería hacerse cuando, en vez de grupos de chavales, quienes actúan son selectos conjuntos corales, orfeones o coros parroquiales, cuyo cometido más parece un concierto, con ansias de lucimiento, que un servicio a la comunidad eclesial reunida en asamblea para celebrar la eucaristía. No es mi intención, como es obvio, poner en duda el desvelo, el desinteresado interés y la dedicación de estos jóvenes. Son los pastores y responsables de las celebraciones quienes debieran ajustar y canalizar debidamente la aportación de estos coros al conjunto de la celebración, orientando adecuadamente el servicio de estos coros a la asamblea, no anulándola, sino impulsándola y animándola desde dentro.

Voy a terminar. Mi deseo sería que estas celebraciones dominicales televisadas constituyeran un modelo que imitar. Que no se limitaran a cumplir escrupulosamente las normas rituales, sino que fueran capaces de transmitir a los televidentes una chispa de entusiasmo y emoción espiritual; que sus cantos, interpretados por toda la gran asamblea, resonaran como un clamor jubiloso, cargado de lirismo y poesía, invitando al telespectador a la alabanza y a la acción de gracias. A mi juicio, lo ideal sería que el alto nivel de participación y la fuerza expresiva de los gestos y palabras de la asamblea fueran capaces de trascender y romper los moldes impues-

tos por las ondas, para que toda la comunidad de televidentes se sintiera involucrada y presente en la rica experiencia espiritual representada en las pantallas. En pocas palabras, la misa de la «tele» debe dejar de ser un espectáculo para convertirse en una llamada imperiosa y conmovedora a la vivencia del misterio.

Rito, ritualismo y ritualidad

El rito tiene mala prensa entre nosotros. Hablamos del rito con un cierto desprecio, como si fuera algo carente de prestigio. Dejarnos llevar por los ritos es entrar en el camino de los comportamientos mágicos, infantiles y carentes de sentido crítico. Seguramente sería oportuno clarificar el sentido de lo que llamamos rito, ritualismo y ritualidad.

El *rito* es una realidad respetable, muy importante en la experiencia cristiana. Voy a citar unas palabras de Juan de Dios Martín Velasco: «El rito es una acción; una acción simbólica y no inmediatamente utilitaria o instrumental. Estos dos elementos son comunes a todo lo cultural. Pero el rito es, además, una acción realizada ordinariamente por un grupo de acuerdo con unas normas precisas; con alguna forma de recurrencia periódica y que pretende hacer eficazmente presente la realidad de orden sobrenatural simbolizada. Solo cuando se dan estos tres elementos hablamos de ritos en sentido estricto». Los ritos, en efecto, existen en el universo de los símbolos. Pertenecen además al mundo de las mediaciones, figura imprescindible y esencial en el marco de nuestras relaciones con Dios.

El *ritualismo*. Es una adulteración de lo ritual. El ritualismo tiene algo de grotesco, de abuso; es una mofa de la ritualidad. Se cae en el ritualismo cuando uno entiende los ritos en clave mágica; cuando se les atribuye una fuerza sobrenatural y cuasi divina, capaz de producir en quien